

El período que comenzó a mediados del siglo XIX y finalizó en 1914 estuvo caracterizado, a grandes rasgos, por combinar una rápida expansión del capitalismo (hasta 1870), la emergencia de la primera crisis de la historia del capitalismo (1873), y la recomposición del sistema económico hacia 1890 que encontró un nuevo límite en la Primera Guerra Mundial iniciada en 1914.

El sistema capitalista había experimentado una etapa de vigoroso crecimiento y expansión en Gran Bretaña debido a los cambios producidos por la Revolución Industrial desde fines del siglo XVIII. Había logrado desarrollar el sistema de fábrica y un aumento importante de la producción vinculado en una primera etapa a la producción textil, y en una segunda etapa a la producción del hierro y el ferrocarril e industrias relacionadas.

partir de la expansión del comercio internacional y del comercio a larga distancia y la consiguiente incorporación de nuevos países al mercado mundial, se produjo la difusión de las innovaciones originadas en Gran Bretaña a otros países como Alemania y Estados Unidos, y más tarde a Japón, lo que permitió que estos países pudieran desarrollar un proceso de industrialización que, en relativamente poco tiempo, les proporcionó la posibilidad de disputarle el dominio del comercio mundial a Gran Bretaña.

el período 1850-1870 estuvo caracterizado por la superación paulatina de los diversos obstáculos naturales que impedían la comunicación y el transporte marítimo y terrestre de personas y bienes. La difusión del *ferrocarril* y el *barco a vapor* facilitó y proporcionó medios más baratos, rápidos y seguros para el desarrollo del comercio a media y larga distancia

permitiendo que el transporte de todo tipo de mercaderías se extendiera a los que en la era preindustrial eran circuitos comerciales de los bienes de lujo o “suntuarios”.

Esta etapa expansiva del capitalismo (1850-1870) implicó un aumento en la producción mundial que necesitó e impulsó el desarrollo del mercado mundial. En los países de industrialización más reciente se promovieron políticas económicas que imponían aranceles aduaneros para las importaciones con el fin de proteger las distintas producciones nacionales. En el caso británico, esta expansión estuvo acompañada del impulso a políticas librecambistas que implicaban la no implementación de impuestos al comercio de los diferentes bienes o su disminución todo lo que resultara posible, a fin de permitir un intercambio de productos a muy bajo costo. La estructura económica británica tenía ciertas características específicas que la condicionaban a impulsar tales medidas: un mercado interno limitado, el papel preponderante de las importaciones de materias primas para sus industrias y alimentación (algodón, lana, carnes, trigo, entre otros), y la necesidad de compensar su balanza de pagos con exportaciones “invisibles” (venta al exterior de servicios de transporte, comerciales y financieros) e inversiones extranjeras.

La expansión del librecambismo tenía sus bases de apoyo en los más importantes teóricos económicos de la época: Adam Smith y David Ricardo. Ambos defendían la liberalización del comercio internacional y compartían el principio de *división del trabajo*, tanto hacia el interior en la organización de las empresas como hacia el exterior en la organización de las relaciones comerciales entre las naciones.

Smith concebía que la intervención del Estado en el comercio debía limitarse a lograr un *mercado de competencia perfecta* en el que los bienes se intercambien libremente.

Ricardo forjó el concepto de *ventajas comparativas*. Este concepto establecía que cada país debía producir lo que le era más ventajoso en relación con los otros países en el mercado internacional. Es decir que si un país contaba con grandes extensiones de tierra fértil y, por lo tanto, le resultaba más fácil y más barato (por lo tanto, más rentable económicamente) producir productos agrícolas (trigo, arroz, oliva, etc.) antes que industriales, se especializaría en la producción de productos agrícolas y le compraría los productos industriales a otro país, al que sí le resultase más barato y fácil producirlos. Esta concepción liberal del comercio internacional se mantuvo como principio rector del pensamiento económico durante todo este período, y hasta 1930, estructurando la incorporación al mercado mundial de los países no

industrializados. Asimismo, articuló la relación en el mercado internacional entre los países denominados “desarrollados” y “no desarrollados”.

aquellos países que producto de la expansión de la Revolución Industrial se establecieron como productores y exportadores de productos manufacturados por el otro, los que se consolidaron como productores y exportadores de materias primas que dependían del desarrollo y comercio de los países desarrollados, dado que toda su economía se encontraba orientada a la producción y el comercio de uno o varios productos primarios. Ejemplo de este proceso fue la estructuración de Argentina como productor de trigo y carne durante 1880-1930 lo que originó que se la denominara el “granero del mundo”. La expansión del capitalismo a nuevos países, y su consiguiente incorporación al mercado mundial, implicó el surgimiento de una clase de empresarios capitalistas en estos países que llevaron a cabo los procesos de industrialización.

El surgimiento de la clase obrera fue anterior a este período, no obstante durante todo el siglo XIX se produjeron conflictos en diferentes países como Francia, Alemania e Italia, entre otros,¹ que expresaban las primeras reivindicaciones en pos de la participación política de este nuevo actor fundamental para el sistema capitalista.

La expansión en la etapa 1850-1870 encontró su límite en la que fue denominada “gran depresión” por sus contemporáneos, y significó la primera crisis mundial del sistema capitalista desde su instauración como sistema económico hegemónico a nivel mundial. ¿por qué es considerada una crisis mundial? Porque afectó a la economía de todos los países

que formaban parte del comercio internacional, es decir, tanto a los “desarrollados” como a los “no desarrollados”.

Las relaciones de intercambio en el mercado mundial entre los diferentes países durante todo el siglo XIX propugnaron la integración e interdependencia entre sus economías y, por lo tanto, la paulatina universalización de los cambios económicos.

con las sociedades industriales las crisis pasaron a vincularse al problema de la demanda, debido a que con el aumento de la producción y del comercio entre los diferentes países la oferta estaba garantizada.

El desarrollo del capitalismo

fomentó la construcción de teorías que fuesen capaces de explicar las continuas fluctuaciones del sistema

Cada ciclo estaba compuesto por cuatro fases: crecimiento, auge, recesión y depresión. No obstante, el desarrollo del capitalismo así comprendido estaría caracterizado por dos grandes fases, que se suceden entre sí continuamente: una *fase expansiva*, de aumento de la producción, el empleo, los precios y los beneficios, en cuyo punto máximo se ubica el *auge* y una *fase contractiva* caracterizada por el descenso de los indicadores de la fase expansiva y en cuyo punto de mayor baja se encuentra la *crisis*.

Esta crisis fue percibida por los intelectuales, economistas y “hombres de negocios” de la época como un período de crisis general económica que parecía afectar todos los aspectos de la economía.

La depresión de los precios en forma amplia y prolongada, deflación,⁴ se produjo por un aumento permanente de la producción que se combinó con la incapacidad de adecuación de la estructura productiva por parte de las diferentes industrias impidiendo la reducción de los costos, lo que generó una disminución de la tasa de ganancia y de los beneficios de los empresarios.

La expansión del capitalismo y, la consolidación de una clase obrera que adquiría cada vez más predominancia en las sociedades europeas generaron las condiciones para el desarrollo de una herramienta organizativa con el propósito de nuclear a los obreros. El primer paso para este objetivo se dio en Londres en 1864, cuando se conformó un comité que tenía como finalidad redactar un programa y estatutos para la naciente Asociación Internacional de Trabajadores (AIT), posteriormente conocida como la Primera Internacional, cuyo principal objetivo era actuar como organismo de comunicación entre las diferentes reivindicaciones y luchas que llevaban adelante los obreros en los países de Europa. La composición de este organismo incluía a las tendencias ideológicas más diversas de los movimientos obreros europeos: los tradeunionistas británicos, emigrados políticos de diferentes nacionalidades (italianos, polacos, húngaros, alemanes como Karl Marx) y los proudhonianos franceses, entre otros.

En el caso de Gran Bretaña su influencia fue reducida, mientras que “tuvo un gran eco entre las organizaciones obreras del continente, debido a que intervino varias veces con éxito en las huelgas y creó una organización internacional de resistencia”.⁵

las principales controversias fueron las de Karl Marx (1818-1883) tanto con Pierre-Joseph Proudhon (1809-1865) como con Mijail Bakunin (1814-1876).

La AIT se disolvió hacia 1876, producto de las diferencias ideológicas que hacían imposible la coordinación de acciones políticas, objetivo por el cual había sido creada. Sin embargo, su importancia fundamental radicaría en haberse convertido en el medio difusor de las ideas comunistas y reivindicaciones obreras en toda Europa.⁶

La situación generada por la deflación y la consecuente caída de los beneficios impulsó a los productores europeos a presionar a los gobiernos de sus países para que restablecieran aranceles proteccionistas que les permitieran protegerse de la competencia extranjera en el mercado interno. pretendían asegurarse de que su producción se pudiera vender en el mercado interno a partir de aranceles que gravasen y encareciesen las importaciones. El proceso de innovaciones tecnológicas desarrollado durante la Revolución Industrial, y que fue trasladado al sector agrícola, permitió un aumento considerable de la productividad lo que dio como resultado el paulatino incremento de la oferta mundial de estos productos.

Esta situación cambió profundamente a partir de la expansión de los ferrocarriles y el barco a vapor desde mediados del siglo XIX, porque permitió la incorporación al mercado mundial de nuevas economías que se transformaron en

competidoras.

el sector agrícola fue uno de los que más reclamaron ser protegidos por el Estado, debido a que fue el sector más perjudicado por la caída de los precios, y los productores rurales vinculaban esta caída a la expansión del mercado internacional y la creciente entrada de productos del extranjero que competían con su producción.

Otro de los sectores afectados fuertemente por la deflación fue el industrial. Este sector demandó el aumento de los gravámenes aduaneros a los productos manufacturados que se importaban de otros países industrializados. Esto generó un resurgimiento de medidas proteccionistas en países que habían adoptado una política librecambista en los años previos a la crisis.

Esta sucesión de medidas implicó el fin de la época del predominio librecambista y del predominio de Gran Bretaña en su papel de productor de bienes manufacturados.

la idea de una “vuelta al proteccionismo” no implicó la clausura del comercio internacional. se limitó tan solo a aquellos países que tenían bienes y/o industrias para proteger y que estaban industrializados o en pleno proceso de industrialización. En cambio, aquellos que eran exportadores de manufacturas o de bienes primarios y dependían del comercio mundial no aplicaron las tarifas proteccionistas.

En el campo empresarial, las medidas para afrontar la crisis no se hicieron esperar y se dieron dos procesos importantes: la concentración económica y el desarrollo del modelo de “gestión científica” al interior de las fábricas.

El proceso de revolución industrial adquirió un nuevo impulso en las últimas décadas del siglo XIX producto de la combinación de las innovaciones tecnológicas que tuvo como resultado el surgimiento de nuevas fuentes de energía: la electricidad y el petróleo.

tal como lo propone E. Hobsbawm, “la nueva revolución industrial reforzó, más que sustituyó, a la primera”.⁹

El empleo de la electricidad estuvo vinculado, en un primer momento, a la iluminación.

En el caso del petróleo, su utilización como fuente de energía se desarrolló a inicios del siglo XX a partir del surgimiento del motor de combustión interna y el complejo mecánico-petrolero que permite aprovechar las múltiples cualidades de esta fuente energética “no renovable”. En estas industrias más dinámicas, y las derivadas de la aplicación práctica de las innovaciones

fue donde se manifestó inicialmente el proceso de concentración de empresas. Posteriormente se extendió hacia otras ramas industriales, generando un descenso de la cantidad de empresas, en paralelo con un aumento en la producción, consolidando las tendencias hacia la creación de monopolios u oligopolios.

Maurice Dobb detalla: “la creciente concentración de la producción, especialmente en la industria pesada, estaba echando los cimientos de una mayor centralización de la propiedad y del control de la política económica”.

El proceso de concentración facilitó e incentivó la proliferación de acuerdos y asociaciones entre las pocas empresas de una determinada rama industrial, con el objetivo de controlar el mercado, imponer los precios más convenientes y asegurarse mayores beneficios. El resultado de esto fue el surgimiento de economías signadas por la emergencia de los *trusts*

y los *carteles*, que refieren a acuerdos informales entre empresas de un mismo sector que se realizan con el fin de reducir o eliminar la competencia en un mercado determinado. Ambos procesos se ubican en la denominada concentración *horizontal*,

la unión de empresas de una misma industria que operan en la misma etapa de producción del producto. Mientras que otra de las formas que adquiere la concentración es la que se da en forma *vertical*, que implica la fusión de empresas de la misma industria que operan en diferentes etapas del proceso de producción, lo que permite el aumento de las ganancias de las empresas a partir de que controlan la producción de los insumos necesarios en las diferentes etapas, lo cual resulta en la reducción de los costos y de los intermediarios. Esta segunda posibilidad puede llevar a que la concentración se produzca de dos maneras diferentes:

-*hacia atrás*, lo que implica que la empresa adquiera el control sobre las etapas de producción previas a la elaboración final del producto

-*hacia adelante*, si la empresa que fabrica el producto también asume la distribución y comercialización del mismo.

La culminación de todo este proceso es la conversión de grandes empresas en *corporaciones* que poseen dentro de su estructura varias unidades de producción, que despliegan diferentes tipos de actividades económicas y comercializan sus productos en distintos lugares del planeta.

El proceso de concentración se presentaba como contrario al pensamiento económico de la época, que defendía la libre competencia en beneficio de los consumidores.

En definitiva, este proceso iniciado en la segunda mitad del siglo XIX se transformó lentamente en el rasgo distintivo del desarrollo capitalista durante el siglo siguiente y arrasó con la competencia de mercado y con las pequeñas empresas en beneficio de las grandes empresas y de la posibilidad de las mismas de reducir los costos y aumentar sus ganancias. La otra cara de este proceso de reducción de costos se vinculó al avance sobre los niveles de productividad de la mano de obra existentes hasta ese momento.

En Estados Unidos, hacia mediados del siglo XIX, las empresas compartían algunos rasgos importantes: eran “atendidas por sus propios dueños” estaban caracterizadas por ser talleres con escasa mecanización y con un número promedio de trabajadores inferior a diez implementaban la tecnología disponible hasta ese entonces. Todo este contexto implicaba que la producción dependiera de un obrero que desarrollaba un trabajo semiartesanal y que debía tener un alto rango de calificación para poder producir. Estas características de las fábricas ubicaban al obrero en el centro de la producción, le otorgaban un papel protagónico que se derivaba de ser quien ostentaba los conocimientos técnicos del oficio y por lo tanto podía decidir cuánto y cómo se podía producir.

Este tipo de fábrica encontró su límite ante la caída de los precios provocada por la crisis de 1873, la imposibilidad de acrecentamiento de la producción, y el consecuente descenso de beneficios. Los empresarios hallaron en el taylorismo una nueva estrategia económica que les permitió afrontar las nuevas problemáticas.

Resumiendo, la administración científica desarrollada por Taylor tiene como principales bases los siguientes elementos:

- la descomposición del trabajo de los obreros en tareas diseñadas y cronometradas por la dirección empresaria, que serían cada vez más sencillas y específicas;
- el traslado del control y la planificación del proceso productivo a la gerencia (management), lo que implicaba que el sector empresario asumía una posición más activa a partir de monopolizar el conocimiento, y generaba una división definitiva entre lo que era el “pensamiento” y la “ejecución” de las tareas;
- el pago de salarios diferenciados según los resultados obtenidos y que cumplían la función de incentivos a la producción.

En conclusión, el taylorismo promovió el aumento de la intensidad del trabajo, lo que generó una reducción de los costos y un incremento de las ganancias para los sectores empresariales, y la descualificación de los obreros, a partir de la simplificación y segmentación de las tareas, lo que los transformó en fácilmente reemplazables y, por lo tanto, abarató su contratación.

Los principios del taylorismo fueron retomados en los inicios del siglo XX por el empresario estadounidense Henry Ford, que profundizó el manejo de los tiempos por parte de la gerencia y la división y simplificación de las tareas de los obreros a partir de la aplicación a la producción en la fábrica de las innovaciones tecnológicas, lo que hoy conocemos como “fordismo”.

Esta innovación permitió a la gerencia imponer los tiempos de producción a partir del control y regulación del ritmo de circulación de la cadena de montaje; y estos ritmos posibilitaron la reducción a lo mínimo necesario de los *tiempos muertos* y, por lo tanto, aumentaron la productividad de la mano de obra.

La última de las salidas del capitalismo a la crisis de 1873 que se analizará refiere al nuevo colonialismo imperialista que desarrollaron las principales potencias económicas durante el período de 1880-1914, como intento de ampliar sus mercados y así ganar nuevos territorios en los cuales ubicar aquellas producciones cuyo precio caía a consecuencia de la depresión de 1873. En el período de finales del siglo XIX y principios del XX Gran Bretaña, Francia, Alemania, Estados Unidos y Japón llevaron adelante un proceso acelerado de conquista, anexión y administración (formal o informal) de territorios de África, Asia y el Pacífico,

Una de las formas mediante las que esta dominación se llevó a cabo fue el establecimiento de colonias, lo que implica que una minoría extranjera impone su dominación a través de la violencia directa y la ocupación militar del territorio.

En la relación colonial, la minoría extranjera domina económicamente a través del uso de la fuerza y establece aquellas relaciones que más se corresponden con sus intereses. Realizan saqueos; los colonos acaparan tierras, utilizan compulsivamente a la mano de obra nativa, y establecen una economía basada en los monopolios comerciales de los países colonizadores sobre lo que se produce en el territorio dominado, o se imponen gravámenes por la fuerza.

Existieron otras formas intermedias de dominación colonial

en África y Asia que se denominaron “zonas de influencia”, protectorados, etc., que abarcaban territorios como Marruecos, Vietnam, China, entre otros, y que permitían la existencia de independencias nominales o políticas formalmente limitadas.

Durante este período, el único continente que no fue afectado por esta expansión fue el americano. Esto se debió a que en América Latina la dominación económica por parte de las grandes potencias estaba garantizada sin necesidad de recurrir a la dominación político-militar, producto del acuerdo con las élites locales que se enriquecían con la formación de economías que producían y exportaban lo que las grandes potencias (principalmente Gran Bretaña) necesitaban. Tal fue el caso de Argentina que en ese momento implementó el denominado “modelo agroexportador” basado en la producción y exportación de carne y cereales a cambio de la importación de productos manufacturados y crédito extranjero.

La denominación de “imperialismo” a este proceso de expansión y dominio colonial por un grupo de Estados reducidos emergió en la década de 1890, aunque incluyó diferentes acepciones:

-Interpretaciones políticas: estas explicaciones del imperialismo parten de la premisa de que constituye un fenómeno que fue consecuencia de las condiciones sociopolíticas de la época. En este grupo se ubican aquellos que defienden y justifican el imperialismo, incluyendo a los protagonistas del mismo, aduciendo que este proceso se relaciona con necesidades estratégicas de los Estados y que fue fruto de la competitividad de los mismos por el control de los mares y la navegación que avanzó en los diferentes continentes.

-Interpretaciones económicas:

Actualmente, el imperialismo es caracterizado como un fenómeno que no puede ser explicado por uno u otro factor, sino más bien que debe ser comprendido en su complejidad. Sin embargo, ninguna de las visiones actuales soslaya la importancia de las características económicas de la época en que se desarrolla el imperialismo. De hecho, parece innegable que el recrudecimiento y la no resolución de las tensiones generadas por la expansión imperialista y la competencia entre las grandes potencias por los mercados, poco tiempo después, derivaron en la Primera Guerra Mundial.

